



903
ANT

ANTIQUITAS

Boletín de la Asociación Amigos del Instituto de Arqueología
Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador

Yapeyú 197 - Buenos Aires

República Argentina

Nº 28-29

Mayo-Noviembre 1979

Director Honorario:
EDUARDO CASANOVA

Directora:
LIDIA C. ALFARO de LANZONE

Comité de Redacción:

Catalina Pajor
Blanca Pazos de Tello
Marta Ruiz de Giono

DINAMICA CULTURAL DEL N.O. ARGENTINO EVOLUCION E HISTORIA EN LAS CULTURAS DEL N.O. ARGENTINO

Alberto Rex González

Aclaración

Este trabajo fue presentado en el XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Lima (Perú) en el mes de agosto de 1970. Debió aparecer, en un volumen dedicado a problemas arqueológicos del Area Andina Meridional, que nunca se dio a la estampa.

Las ideas fundamentales del trabajo, expuestas en su última parte y resumidas en el subtítulo, contiene algunos enfoques sobre las que hemos seguido trabajando posteriormente pensando publicarlas en un futuro próximo. Se trata de un enfoque que destaca el rol de "la coyuntura o accidente histórico" del proceso cultural del N. O., frente a las líneas evolutivas locales o a las más generales y significativas ocurridas en el Centro Nuclear Andino. Como se trata de un enfoque no convencional y una interpretación personal del proceso, válido como hipótesis no sólo para el N. O. sino extensivo, en sus líneas generales, a otros sectores del Area Andina, creemos que su publicación puede ser de interés.

La primera parte del trabajo hubiera requerido numerosas correcciones y adiciones como resultados de estudios y hallazgos en la última década. Pero esos cambios poco habrían afectado a la interpretación básica, por eso lo publicamos como fue redactado.

I. Introducción

Trataremos de dar aquí, de manera por demás breve, una síntesis de la secuencia arqueológica actual y una interpretación del desarro-

llo cultural del N. O. argentino, buscando en lo posible señalar alguna de las causas que han influido en su proceso.

En 1962, presentamos en un Simposio realizado en el Congreso de Americanistas reunido en México, una primera síntesis, que fue incluida en un volumen de conjunto publicado bajo los auspicios del Instituto Smithsonian de Washington (González 1963, a). Al año siguiente en una corta comunicación al Congreso de Arqueología, reunido en San Pedro de Atacama, en el mes de enero, volvimos sobre un aspecto parcial del mismo tema (González 1963, b). En realidad ambos eran resúmenes de un trabajo mucho más amplio que permaneció inédito (González m. s.). En esta nueva comunicación nos proponemos comentar los nuevos hallazgos y estudios realizados en los últimos años del área de nuestro interés; al mismo tiempo que buscamos integrar esas contribuciones en una síntesis más amplia con la interpretación de algunos de los factores importantes que creemos contribuyeron al proceso de desarrollo cultural del N. O. argentino.

No hay duda de que en los últimos años hemos avanzado considerablemente en el conocimiento arqueológico del N. O. donde las culturas alcanzaron sus niveles más altos y complejos. Con todo, son muchos los espacios que restan aún llenar en nuestro mapa arqueológico, en secuencias y cronologías. Por otro lado, los aportes analíticos son por demás pocos en brindarnos información sobre las que puedan deducirse causas. De cualquier manera creemos que las síntesis son útiles en la medida que expresan una etapa del conocimiento.

Por otra parte sirven de base para la formu-

lación de distintos modelos interpretativos. Estos modelos, confrontados con la realidad permiten, a su vez señalar el derrotero de futuros trabajos. Si la problemática está claramente señalada desde su punto de partida hasta sus fines últimos, resultará fácil definir que es lo que el arqueólogo trata de hacer o de buscar. Si la problemática está equivocada o los modelos no concuerdan con los hechos, no habrá titubeos en corregir el rumbo.

Algunos estudios arqueológicos recientes como los del sur de Mendoza, los realizados en la provincia de San Juan, los del valle de Ábancán y N. del Valle Calchaquí —en parte aún inéditos— esclarecen problemas y ensanchan los límites de nuestros conocimientos.

II

Para mejor comprensión de cualquier síntesis en los que se busque causas creo que se deben explicar claramente las bases teóricas que la sustentan y el método utilizado en su elaboración.

Tal como entendemos el problema, y reducido a sus principios esenciales, creemos que el fin último de la arqueología como disciplina antropológica, hacia el que deben tender nuestros esfuerzos, es la búsqueda de los principios básicos que rigen la dinámica cultural. Circunscriptos al trabajo arqueológico de un área, subárea o región tratamos de encontrar la manera de acercarnos a esos principios que afanosamente buscamos: ¿De qué manera los hechos particulares pueden servirnos para descubrir tales principios? Pero para poder acceder a leyes, principios de recurrencias que entreveamos sólo como lejanas posibilidades, es necesario cumplir con una larga serie de pasos previos en la investigación organizada y en el manejo de los materiales que utilizamos, pasos cuya seguridad aumenta sólo con la madurez de la propia disciplina y de las disciplinas auxiliares.

Creemos que el primer paso elemental en la actividad del arqueólogo es el de la reconstrucción de la secuencia contextual (historia arqueológica) de la manera más exacta y completa posible. La que requiere de toda la compleja técnica de la arqueología moderna. La reconstrucción de esa historia arqueológica comprende la reconstrucción contextual de la cultura como un sistema de funcionamiento armónico, estructuralmente integrado en su organización interna, como en sus relaciones externas con el medio ecológico, es decir como parte de un ecosistema. El cambio introducido en una de las partes del sistema presupone la variación de una parte (subsistema) o del todo, según en el grado de calidad y de intensi-

dad de la variante en juego. La capacidad de adaptación y cambio de la cultura excluye la influencia de un determinismo estricto para mantener en vigencia el interés y la importancia de la causa de las variantes. La reconstrucción contextual incluye la reconstrucción de los aspectos socio-políticos de las culturas estudiadas y en esto estaríamos ya en pleno dominio de la Antropología Social y Cultural. Tema arduo y en el que aún estamos en las primeras etapas, campo abierto a la controversia y a los ensayos. La reconstrucción de la secuencia contextual nos permitirá comprender en qué medida los elementos constitutivos de los sistemas estudiados son dependientes o independientes en el tiempo de la difusión de elementos generados en otras áreas o regiones. En una palabra si las variantes que pueden generar el cambio del sistema, se originan en las condiciones internas del propio sistema, en las influencias externas, ya sean variantes ecológicas o influencias de contextos independientes, influyendo de alguna manera en el contexto estudiado. De cualquier forma el estudio de las variantes debidas a difusión nos mostrarán el grado de adaptación, integración y dependencia ecológica de esas variantes.

El próximo paso es el comparativo inmediato, para ver de qué manera se integran nuestras secuencias regionales dentro de los espacios más amplios de circulación e intercambio cultural, y dentro de qué niveles o etapas semejantes se encuentran —por comparación— pasos análogos del mismo proceso. De qué manera nuestras regiones son partes de un proceso evolutivo que abarca un ámbito más amplio. La integración de etapas de desarrollo nos sirve para una visión sintética más clara, pero con todo aún no accedemos a detectar las causas últimas. El hallazgo —por medio de la comparación múltiple mediata— de situaciones repetitivas o recurrenciales, con respuestas análogas ante análogos estímulos, nos daría acceso a la explicación o a la comprensión.

En síntesis de qué manera nuestros materiales ilustran la evolución y el cambio de los sistemas culturales variables en un determinado espacio y en un determinado tiempo, y de qué manera esos cambios socio-culturales reflejan un proceso, que responde a causas múltiples cuya determinación y comparación mediata nos permitirá acceder a los principios que rigen el proceso.

III. Distribución espacial

Cualquier intento de síntesis de la secuencia contextual y la ulterior búsqueda causal explicativa, presupone la definición de espacio, uno de los tres elementos básicos de la ar-

queología; y dentro de éste los aspectos ecológicos incidentes. El segundo elemento, el temporal, supone la reconstrucción histórica de la secuencia. En uno y en otro caso señalaremos los puntos que juzgamos básicos para el análisis e interpretación del proceso de desarrollo. Una exposición en detalle requeriría un volumen íntegro.

La subdivisión geográfica a utilizar es básicamente la misma de 1962 y 1964, salvo algunas modificaciones menores. Estas subdivisiones son:

1° El N. O. argentino es una subárea del Área Andina Meridional.

2° Esta es parte de la Super-área Andina.

Dentro del N. O. reconocemos las siguientes regiones:

1. *Puna*, una continuación del altiplano boliviano y parte de un todo con la Puna de Atacama. Corresponde a la llamada Puna Salada por Troll y parte de la Puna Seca. Se sitúa por encima de los 3.200 m.s.n.m.: zona apta para la ganadería de los camélidos americanos, suministró también amplios recursos a los cazadores. Los pueblos agricultores tuvieron que adoptar cultivos típicos de papa y quinoa, etc.; el pastoreo se hizo en base de las dos especies de camélidos típicas a la que se suma el cuy. La tecnología agrícola no fue muy elaborada salvo en los casos donde hubo regadío y recintos de siembra (Laguna Blanca, Tebenquiche).

La puna reconoce varias subregiones:

a) Puna Norte; b) Puna Oriental; c) Puna Sur.

2. *Región de las selvas occidentales o sierras subandinas*. Al pie oriental de la Serranía; zona importante de transición entre el N. O., el ámbito chaqueño y de las Florestas Tropicales sirvió de camino de acceso y conjunción de las culturas de las Florestas Tropicales al N. O.; cultivo de secano en buena parte de la misma permitió cultígenos de las Florestas Tropicales. Reconoce varias sub-regiones: del Río San Francisco, Candelaria, etc. Contrasta notablemente con las regiones aledañas situadas al occidente.

3. *Región Chaco Santiagueña*, también de transición entre el N. O. y el E., sistema agrícola de inundación en hoyas, de acuerdo con el testimonio de la conquista. No estudiados aún por la arqueología, pero que, de acuerdo con las fuentes escritas, señala importantes diferencias con los sistemas agrícolas del resto del N. O.

Economía alimentaria de carácter mixto. Parece incluyó camélidos de adaptación especial.

4. *Región de las Sierras Centrales*, área pe-

riférica del N. O.; con tecnología agrícola de regadío.

5. *Región Valliserrana*: la más importante de las regiones donde las culturas tuvieron sus rasgos mejor definidos. Valles de altura media entre 1.200 - 3.000 m.s.n.m.; presentan excelentes condiciones para el asentamiento humano de recolectores-cazadores con grandes algarrobales y campo de cacería; como también apto para los grupos de agricultura intensiva de regadío. La triada de maíz, porotos, cucurbitas se da al lado de todos los cultivos altiplánicos más el agregado de otros como el maní. El regadío fue imprescindible. Al lado de los cultígenos altiplánicos pudieron incorporarse otros de las Florestas Tropicales, excepto la yuca. Esta región comprende una serie de subregiones muy importantes, entre las que tenemos: a) Quebrada de Humahuaca, tradicionalmente descripta como región aparte, pero que en rigor, desde el punto de vista natural ecológico, como cultural, se integra con la región Valliserrana y que no habría más diferencia entre la Quebrada de Humahuaca y el Valle Calchaquí, que entre éste y el Valle Vicioso. b) Subregión de las Quebradas intermedias. El Toro, etc. c) Valle Calchaquí; d) Valle Yocavil; e) Valle del Cajón; f) Valle de Lerma; g) Valle de Hualfin; h) Valle de Abaucán; i) Andalgala y Campo de Pucará; j) Valle Vicioso; k) Valle de Catamarca; Valle de Famatina, etc. Por diversas razones, tanto de índole geográfico ecológico, como por haber trabajado personalmente muchos años en la región Valliserrana, nuestras interpretaciones sobre evolución y causas históricas se harán básicamente sobre las informaciones arqueológicas de esta región. En trabajos futuros más amplios, analizaremos, con el mismo enfoque, otras regiones.

6. *Región Cuyana del Sur*: dentro de sus límites se sitúa el margen de las culturas agroalfareras en el oriente de los Andes. Es pues una región periférica del N. O., con el que presenta rasgos similares al de la Región Valliserrana.

El N. de San Juan se consideró, con algunas controversias, dentro de esa última región. No es oportuno discutir este punto y creemos útil la denominación propuesta por Lagiglia (1969). M. S.

IV

Delimitadas las regiones pasaremos a exponer los hechos de la secuencia histórica ocurrida, destacando los de mayor relevancia.

A. *Etapa de caza-recolección indiferenciada*.

Hace casi dos décadas con el descubrimien-

to de las industrias líticas de varios horizontes se planteó cual era la más antigua de ellas y que nivel cultural y economía de subsistencia representaba la industria más antigua (Serrano 1968).

Hasta ahora no hemos logrado obtener fechados absolutos o evidencias estratigráficas incontrovertibles respecto a la industria más antigua. El problema es análogo en el resto del área andina. Se supone que un horizonte caracterizado por grandes y toscas bifaces precedió a la industria lítica dejada por los cazadores especializados, fabricantes de armas arrojadizas provistas de puntas de proyectil de cuidadosa factura. Planteado el problema en Argentina, Chile, Perú y Venezuela, el problema radica en determinar su antigüedad. Dentro de nuestra área han aparecido sobre todo en la Puna Argentina numerosos sitios nuevos como Tres Morros, Zapagua, etc. En Chile se han identificado nuevas facies de estas industrias, como Talabre, Altamira, etc. Pero ninguno posee fechado absoluto. Por desgracia no se conocen evidencias estratigráficas donde se haya podido establecer una clara relación de secuencias con las otras industrias líticas.

El segundo problema se relaciona con la economía de subsistencia de los pueblos que fabricaron estos utensilios. Faltan restos que nos muestren los recursos alimentarios obtenidos con esas industrias. Atribuirlos a recolectores indiferenciados es sólo una aproximación tentativa. Habría que determinar primero qué recursos de recolección ofrece y ofrecían los lugares donde se recogen esas industrias. La existencia de diversas facies de estas culturas no cambia el problema básico sobre lo que representan en materia de etapas de desarrollo.

En Chile y últimamente en Perú habría una facie cultural antigua con láminas, lascas y buriles, el complejo Chuqi. Lo que hemos visto del primero nos parece muy dudoso.

Muy claros desde el punto de vista contextual, como de los fechados absolutos obtenidos, son las industrias u horizontes con puntas líticas especializadas. Es posible que el horizonte más antiguo de cazadores con proyectiles provistos de puntas, del N. O. pueda corresponder al de las puntas de tipo Palli Aike. Estas están bien fechadas en Patagonia chilena, de acuerdo con los trabajos de Bird, ratificados por Annette Lanming. Una de estas inconfundibles puntas se halló en Mendoza. Otra mucho menos definida procede de las Sierras Centrales. No sabemos si se trata de una ingresión hacia el N de pueblos del Sur o si existió un antiguo horizonte de estas puntas a lo largo de los Andes, tal como podrían indicarlo los hallazgos del Ecuador. Esta segunda hipótesis parece más razonable.

Más evidencias tenemos con respecto a las puntas de tipo lanceoladas, en hoja de sauce o de puntas dobles, las que se hallan dentro de la cultura Ayampitín. Presentan numerosas variedades que es necesario redefinir desde el punto de vista de su tipología. Las puntas dobles, espesas, por su aspecto formal y tecnológico son semejantes a las de Jobo.

Recientemente, en el Valle del Cajón, Provincia de Catamarca, hemos hallado magníficos sitios de superficie con gran variedad de puntas de las series lanceoladas en hoja de sauce o doble punta, y acompañadas, como en Intihuasi, de útiles de molienda. Creemos que lo importante no radica en la variedad tipológica de las puntas sino en el hecho de que todas nos hablen de la existencia de bandas de cazadores especializados, cuyas fuentes alimentarias eran el *Lama* y el *Ozotoceros* u otros cérvidos andinos. Esto en los sitios de cazadores puros. En otros sitios, la caza y la recolección y el preparado de alimentos farináceos van juntos.

La presencia de cazadores-recolectores especializados hacia el 6.000 A. C. (Intihuasi I) es muy importante porque en esos núcleos —como ya lo hemos indicado muchas veces— pudieron asimilarse fácilmente a la agricultura incipiente. Por otra parte, la recolección —sobre todo los frutos de algarrobo— como parte de la subsistencia tuvo en el N. O. un rol sumamente importante como lo prueba la persistencia de la misma hasta el momento de la Conquista según el testimonio de las crónicas históricas, y las evidencias arqueológicas en las que, cuando se identifican semillas, las legumbres de algarrobo están omnipresentes.

A fechas más recientes pertenecen variedades de puntas de las cuales las más importantes, por el ámbito de dispersión geográfica, son las triangulares que encontramos en el nivel III de Bird en Patagonia, en Intihuasi (II-III) y en Ongamira. Un importante hito en esta serie, ya que vincula como un gran horizonte, las Sierras Centrales con Patagonia, es la estratigrafía de Cuyín Manzano (Neuquén), realizado por Ceballos (m.s.) cuyo nivel más antiguo de lascas y choppers dio 9.000 años de antigüedad y cuyos niveles medios lo constituyen puntas triangulares.

En San Juan la secuencia a partir de puntas lanceoladas se cumple en la estratigrafía de la caverna del Peñoncito, a la que habría que agregar nuevas variedades de puntas excavadas recientemente en esa provincia y aún inéditas; y en las que se obtuvo un fechado de 8.000 años. Una importante secuencia es la obtenida por Lagiglia en el S. de Mendoza en la cueva del Indio del Rincón de Atuel (Lagiglia 1969). El nivel más antiguo (Atuel IV) con muy esca-

sas evidencias industriales, posee ejemplares de megafauna, con restos de Megaterio y Milodón. Dos fechados de C 14 dieron en números redondos 6.000 y 9.000 A. C.

El Atuel III es un nivel de cazadores recolectores con un fechado de 2.000 años A. C., con posible momificación preparada de los cadáveres, cestería de esteras entrelazadas de carrizo; mallas o red, vegetales y lanas. Se trata de un grupo mediterráneo con posibles relaciones con el Complejo Chinchorro de Chile. Quizá los hallazgos recientemente realizados en la provincia de San Juan en los Morrillos (Gambier 1963) confirman este punto de vista. No sabemos cual fue el camino seguido por las culturas chilenas en su desplazamiento hacia el S. o por los bienes culturales que la representan, pero quizá niveles semejantes a los del Atuel III o el de los hallazgos de San Juan existieron en el N. O., tanto en la Puna como en el área Valliserrana. La destrucción de todo material perecible impide poder realizar operaciones comparativas entre las diferentes regiones.

B. Un punto básico en este esquema de desarrollo, por sus implicancias socio-económicas es establecer el momento en que se incorpora la agricultura al N. O. argentino y la puerta de entrada y procedencia de ésta. Hasta el momento actual carecemos de pruebas seguras sobre la agricultura incipiente o de cultígenos en etapas prealfareras.

Pero de acuerdo a lo que conocemos hoy del Centro Nuclear Andino, no hay duda que debemos hallar también esta etapa en nuestra región. Algunos hallazgos apuntan en esa dirección. En la gruta del Indio, antes mencionada, habría aparecido quinoa al parecer en un nivel sin alfarería (Lagiglia 1969). Pero debemos esperar el informe definitivo. En el área Valliserrana el nivel de la agricultura incipiente debió ser algo anterior a la llegada del mismo al S. de Mendoza, y preceder en varios siglos a los cultivos múltiples. Como las evidencias actuales en esta región colocarían a la agricultura incipiente entre el 200 y el comienzo de la E. C., una estimación tentativa de 500 a 1.000 años antes de esa fecha es perfectamente razonable.

C. Etapa Agro-alfarera.

Las evidencias sobre la agricultura más antigua que poseemos hasta ahora corresponden por un lado a la Gruta del Indio de Mendoza ya mencionada (Lagiglia 1969) y a un nivel excavado en Saujil y Costa de Reyes en el límite entre las provincias de Catamarca y La Rioja. El primero es el nivel agro-alfarero o II; contiene dos variedades de maíz: el *Amilácea*,

o sea el llamado Capia, Guaraní Culli, etc., y el *Minima*, también una variedad de zapallo de especie no identificada y porotos: el *Phaseolus vulgaris*; además hay evidencias importantes de caza y recolección de Algarrobo y chañar. Cestería en espiral, preparación especial de pieles; momificación de cadáveres, etc. Los fechados dieron entre 65 A.D y 265 A.C. Nosotros, ante las evidencias obtenidas en el N. O. argentino, creemos que una fecha aceptable para la llegada de los cultígenos al S. de Mendoza es el Ier. siglo de la E. C.

Las evidencias de Saujil fueron obtenidas en una excavación estratigráfica a 1,80 m. de profundidad (González y Pérez 1968).

En este sondeo se hallaron restos de:

Zea mays var. *microsperma* y otra no identificada; se asocian a otros elementos de recolección como el Mistol (*Zizipus mistol*) y Pata (*Ximenia americana*); el fechado de C 14 dio 14 ± 195 A.D. (F.R.A. N° 26).

En Costa de Reyes, el nivel más profundo tiene afinidades culturales con Saujil, allí se halló:

Zea mays var. *microsperma*
Cucurbita maxima Duch (zapallo)
Arachis hypogaea L (maní).

A ellas se asocian elementos de recolección:

Gourleia spinosa (Mol; Skels (chañar).
Prosopis alba Gn (Algarrobo blanco).
Capparis cynophallaphora L. (sacha poroto, planta que crece en Formosa).
Opuntia Quimilo (cactus).
Bixa orellana (urucú).

Es interesante la ausencia de verdaderos porotos; y en cambio la aparición temprana del maní y de una especie original tropical, el urucú, cuyas semillas pudieron ser importadas, y una segunda planta, aunque dudosa, también de posible origen tropical. En resumen podemos decir que las evidencias actuales nos indican que para comienzos de la E. C. el área central del N. O. argentino poseía varias especies de cultígenos diferentes, los que databan seguramente de varios siglos antes y que entre las plantas recolectadas hay por lo menos una segura y otra dudosa cuyo origen debe buscarse en los bosques tropicales del Chaco y Formosa.

La variedad *Hypogaea* L., de maní parece que tiene su origen en los Andes orientales de Bolivia (L'rapovickas, 1966, p. 519). En cuanto a la *Cucurbita maxima* aunque originaria de Mesoamérica (Whitaker y Cutler 1966, p. 511) aparece en sitios arqueológicos de Perú, por lo tanto su procedencia en el N. O. habrá que suponerla en el Centro Nuclear Andino.

La existencia de estas plantas dentro de és-

ta área, cuyas condiciones climáticas hemos señalado al comienzo, indican que la única manera de poder obtener esos cultivos era mediante técnicas de irrigación adecuada, por lo tanto, aunque no tenemos evidencias arqueológicas directas de esas técnicas, las mismas debieron necesariamente existir.

Una descripción exhaustiva de la secuencia arqueológica valle por valle requeriría un extenso trabajo. Trataremos de hacer una síntesis proporcionando los datos esenciales de acuerdo con la problemática básica planteada al comienzo.

La secuencia arqueológica más completa que tenemos es la del Valle del Hualfín, donde hemos trabajado en muchas temporadas y del que el Museo de La Plata posee un material muy completo. En algunos casos esta secuencia ofrece lapsos temporales de solo cien años; en otros casos el hiatus entre un jalón y otro no llega a 250 años. Es decir que la secuencia, para las culturas agroalfareras es bastante completa. Aunque no existe una correspondencia cultural exacta entre el Valle del Hualfín, los valles aledaños, y el resto del N. O. argentino, este esqueleto cronológico es sin embargo útil para nuestros propósitos, ya que puede servir de base para correlaciones relativamente amplias sobre todo si tenemos en cuenta que el Valle del Huafín se halla situado en el corazón del N. O. y en el centro de la región Valliserrana. Hacer una síntesis de las seis subregiones en que podemos subdividir a esta última es tarea por demás larga y compleja, fuera de los límites aquí propuestos.

En cuanto al método y a las técnicas utilizadas para establecer esta secuencia, es necesario advertir que se basa fundamentalmente en: 1. estudios de materiales de superficie; 2. estudios de cementerios y seriación de tumbas; 3. pruebas estratigráficas; 4. fechados de radiocarbón; 5. correlaciones tipológicas. La seriación de tumbas se hizo por métodos ortodoxos o con la ayuda de computadoras (González 1969).

Creemos que antes de comenzar a describir la secuencia arqueológica convendría decir dos palabras con respecto al sistema de periodificación utilizado en nuestro trabajo. Quizás las relaciones con los horizontes panandinos podría aparecer contrapuesta a la búsqueda de etapas de desarrollo. Más aún tratándose el N. O. argentino de un área periférica al Centro Nuclear Andino. Pero ya expresamos antes que creemos imprescindible comenzar por una reconstrucción histórica lo más exacta posible y posteriormente establecer las etapas de desarrollo. La utilización de los tres horizontes panandinos puede ser un útil operacional. Por otro lado, esto permite una mejor correlación

con el Centro Nuclear. No existiendo el horizonte Chavín sólo nos quedan como jalones demarcadores las expansiones tiahuanacota e incaica. La primera de éstas tiene carácter indirecto en el N. O. argentino pero muchos de sus elementos creemos están presentes.

De acuerdo con esto clasificamos como *Período Temprano* todo lo anterior a la llegada de esas influencias manifiestas en la Cultura de La Aguada. Esta se ubica en el Período Medio; y todo lo posterior, hasta el arribo de los Incas, es el Período Tardío. Si bien quizás pueda ser objetado este sistema de periodificación creemos que, como método operativo, es de utilidad didáctica y de utilidad práctica y sirve para un primer paso en la búsqueda y definición de las etapas de desarrollo, y del proceso ocurrido.

Por otra parte nos evita el prejuicio de crear las etapas *a priori* es decir antes de tener un claro concepto del desarrollo histórico; evita así forzar los hechos en esquemas preexistentes. Ya veremos que cierto tipo de accidentes históricos imprevistos pueden interrumpir o alterar el desarrollo. Esto es importante pues vemos que si el proceso se cumple en etapas más o menos progresivas en el Centro Nuclear, en cambio los "accidentes" históricos o los desfases en el tiempo imponen ritmos de cambio diferentes en las áreas periféricas. Entonces, el planteo es de qué manera vamos a tratar nosotros a esos cambios del proceso ocurrido en las áreas marginales. Si no tenemos una visión clara de la "historia arqueológica" resulta imposible tomar en cuenta estos "accidentes históricos" ni pesar el verdadero significado de los mismos en el proceso de desarrollo cultural.

Comenzaremos la secuencia por la columna que se refiere al valle de Abaucán, hasta hace poco totalmente desconocido desde este punto de vista y cuyas investigaciones, comenzadas en 1964 se hallan en vías de darse a conocer (González, Sempé. M. S.)

Los niveles agro-alfareros más antiguos se hallaron en un montículo de la localidad de Saujil y en sondeos estratigráficos realizados en Costa de Reyes, en los límites de las provincias de La Rioja y Catamarca. En ambos sitios pudimos aislar una cultura agro-alfarera cuyos cultígenos ya hemos mencionado, y complementada además con la cría de camélidos. Los sitios de ocupación se caracterizan por habitaciones de paredes de adobes o barro consolidado, de planta rectangular. Este es un rasgo que aparta considerablemente a esta cultura de las otras culturas tempranas de la región Valliserrana. La formación de montículos demuestra la existencia de núcleos de habitación agrupados y circunscriptos. El espesor de

1,80 m. revela una ocupación relativamente larga si la población no fue muy densa.

Los entierros ocurren en los lugares de habitación y están extendidos a lo largo, a veces los esqueletos están cubiertos de una capa de barro y el ajuar conservado es muy pobre o nulo. La alfarería es fundamentalmente de tipos toscos, grises o negruzcos con degasante grueso, de formas simples, abiertas, sin asas. Se hallan jarros semicilíndricos y pucos; los fondos son redondos, planos o cóncavos. Además hay una alfarería gris pulida con dibujos incisos sencillos y otras con canales o depresiones profundas, huecas, que recuerdan las depresiones similares de la alfarería Gris Incisa de la facie Diablo. También se halló una figura antropomorfa hueca quizás en relación con la segunda facie Condorhuasi u Orilla Norte. No se hallaron casi útiles de piedra ni objetos de metal. Un rasgo decorativo de gran interés y único en el N. O. argentino son los dibujos geométricos mediante el pulido en líneas con una piedra. En Ecuador existe una cerámica con decoración similar y también en Parakas, sin que esto signifique que queremos extraer de ello conclusiones prematuras. De cualquier manera esta técnica decorativa es por completo excepcional en esta región. Hacia el año 200-250 de la E. C. se hallan ya influencias del Valle del Hualfín en forma de cerámica Ciénaga I (La Manga) que aparecen aquí con carácter intrusivo. Progresivamente van aumentando las influencias de aquel valle; hacia el 300 E. C. aparece una alfarería Roja sobre Gris, con dibujos geométricos que es el equivalente de los tipos Ciénaga Roja sobre Ante. Por desgracia nuestra información del Valle de Abaucán proviene de sitios de habitación mientras que la mayor cantidad de información del Hualfín procede de cementerios y en segundo término de sitios de ocupación.

Es probable que esta tradición o cultura Saujil tenga relaciones en la tipología cerámica y quizás en la construcción de viviendas con los niveles más antiguos descubiertos por Tarragó en el Alto Valle Calchaquí (Miryam Tarragó informe verbal).

La cultura Saujil perduró por muchos siglos, incorporando progresivamente diferentes tipos alfareros de Ciénaga. Hacia el año 700 o algo antes recibió influencia Aguada la que borró al parecer las tradiciones pre-existentes, pero que adoptó el tipo de construcciones de adobe de la cultura de Saujil.

La ocupación Aguada tiene los mismos tipos que en Valle de Hualfín y que en el resto de la región. Inclusive los tipos decadentes son semejantes. La expresión figurativa en los cerámicos es también semejante. Con Aguada se llega al período medio cuyos elementos señala-

remos después. Esta cultura y período es reemplazada por la cultura de tipo Jáchal-Hualfín, con cerámica y rasgos similares a los de los valles aledaños excepto en algunas variedades de alfarería. Esta última cultura al igual que sucede en toda la región central y sur del N. O. *parecería indicar un empobrecimiento cultural considerable*. A esta cultura sigue una ocupación Belén muy bien definida en numerosos sitios y con abundantes materiales.

La Cultura Belén debió corresponder a una de las parcialidades históricas de habla cacana mencionadas por las crónicas, seguramente la de los Abaucanes que lucharon aliados con Hualfines y Calchaquíes contra los colonos. Probablemente se podrán detectar fases en el futuro, dentro de la cultura Belén. Un detalle importante es que las poblaciones aglutinadas formadas por viviendas de paredes o cimientos de piedra son muy escasas o casi desconocidas en el valle, es decir que la mayoría de las poblaciones fueron de material perecible. La cultura Belén de Abaucán, al igual que la del valle del Hualfín, recibió el impacto de la conquista incaica. Sin embargo, en el momento de la llegada de los españoles el quechua no había conseguido desplazar en el N. O. a la lengua vernácula y elementos de la cultura Belén-Santamariana seguían en vigencia.

La cronología absoluta del valle sólo posee cinco fechados de C 14 pero la secuencia y las relaciones resultan bien claras en base a teleconexión con otros sitios fechados fuera de Abaucán. El intercambio por razones de proximidad geográfica fue muy grande.

Pasaremos ahora a la columna del valle del Hualfín donde la secuencia es mucho más completa. La facie agro-alfarera más antigua que ahora conocemos y hemos logrado fechar es la que denominamos de acuerdo al sitio tipo Río Diablo. Se le ha identificado en dos sitios de ocupación y un cementerio. Piezas sueltas de sus tipos alfareros se hallan en varias colecciones. Tanto los sitios de ocupación y el cementerio se hallan muy cerca de otros lugares arqueológicos de Ciénaga o Aguada, sin embargo es factible distinguirlos perfectamente de aquellos. El mayor porcentaje de la cerámica de los basureros del Río Diablo es de tipo tosco, con degasante de arena grueso o mediano, cocida a atmósfera oxidante o en menor grado reductora, tiene color rojizo o negruzco. Predominan las formas simples de fondos redondos, sin asas. Hay un tipo tosco de paredes muy delgadas de color rojizo o amarillento, con cuerpo más o menos globular y cuello cilíndrico, que lleva líneas incisas, verticales, onduladas. Junto con ésta y en porcentaje mínimo, se encuentra una cerámica gris incisa con líneas anchas; motivos geométricos

de rombos o diamantes rellenos de puntos, ángulos y triángulos con puntos incisos en los bordes o en el interior. Líneas quebradas en el cuello. Predominan la forma de un jarro de cuello cilíndrico y cuerpo globular achatado y asa acintada vertical, que une el cuello y el cuerpo. Esta cerámica gris, incisa, inconfundible, tiene formas y decoraciones iguales o idénticas en tipos alfareros del Río San Francisco.

El instrumental lítico de este momento incluye puntas de proyectil pedunculadas, plano convexas; y gran cantidad de choppers, martillos y lascas de basalto.

Se conocía el oro. Un fechado dio 190 ± 70 a. C. y otro 490 a. C.; creemos que son demasiado tempranos y que esta facie debe estar entre el 200 a. C. y 100 A. D.

Esta cerámica Diablo Gris incisa se encontró en tumbas asociados al Condorhuasi policromo. En cambio en estos basureros no se halló esta última. Por eso creemos que la cerámica Río Diablo pertenece a la fase antigua de la Cultura Condorhuasi, con la que, muy difícilmente la relacionaríamos si nos hubiéramos atenido sólo a la vistosa alfarería Policroma, la que es sinónimo de esta cultura, para muchos arqueólogos.

En una segunda fase tendríamos al Condorhuasi policromo y otros tipos con el Condorhuasi Rojo sobre Ante, el Condorhuasi Ante Liso. La perduración de esa fase hasta el año 250-300 de la E. C. parece haber ocurrido en el Alamito. En cambio creemos equivocadas las conclusiones anteriores que colocan esas dos fases como posteriores a Ciénaga. En algún momento fueron contemporáneas con ésta última pero en el Valle del Hualfín y en Campo del Pucará, y en el Valle de Santa María, todo parecería indicar que la cultura Ciénaga se superpuso a Condorhuasi, aunque incorporó muchos elementos de ésta como ya lo señaláramos en 1955.

La primera fase de la cultura Ciénaga, que hoy denominamos de acuerdo al sitio tipo, fase La Manga, debió existir entre el 250 y el 350 de la E. C., sin embargo dos fechados, hechos en los niveles de ocupación del sitio tipo dieron 30 ± 70 a. C. y 280 ± 70 A. D. La alfarería característica presenta formas reminiscentes de la fase Río Diablo; pero aquí hay otros tipos sobre todos los que denominamos Ciénaga Inciso Simple y Ciénaga Inciso Simple Pintado. La primera posee piezas negras gris incisa cocida a atmósfera tanto oxidante como reductora; la segunda es sólo rojiza o ante, pintada de rojo. Los diseños geométricos son muy característicos, pero comienzan ya algunas figuras antropo y zoomorfas rectilíneas. Después del 350 hasta el 500 tendríamos el

Ciénaga II, o facie Guiyischi. Los cementerios son mucho más extensos que en la fase anterior con abundantes entierros de párvulos en urnas que en algunos casos supera el centenar de enterratorios. Hay una gran variedad de tipos alfareros. Existen todavía pero son cada vez menos frecuentes, el Ciénaga Rojo sobre Ante; y el Rojo Morado. Aparece la decoración puntiforme incisa producida con una espátula o un peine de 4 o 5 dientes. Los diseños son rectilíneos geométricos de origen eskeimórfico, con figuras antropomorfas, igualmente geométricas de caras rectangulares y cuerpo rectilíneo. Hay figuras de llamas que progresivamente se transforman en felino. En un momento más tardío aparecen otros tipos pintados como el Ciénaga Negro sobre Ante y Ciénaga Negro sobre Crema. Las formas de jarros o pucos, lo mismo que las urnas son muy característicos. En el Ciénaga III, o de Transición, aparecen los tipos que después hallaremos en Aguada. Se sitúa entre el 450 y el 650. Aparecen algunos tipos característicos como el Alpatauca Inciso, el Ante Liso y perduran el Ciénaga Dibujos Negros y la línea gruesa y el inciso puntiforme. Las figuras de simios y saurios son frecuentes en esta fase. Los tipos se asemejan a Aguada en la forma y en la terminación de los cerámicos pero faltan algunas figuras características de aquella. Aquí siguen predominando los motivos grabados de carácter geométrico. La pasta y la forma pueden semejar o ser iguales a las de Aguada, como los pucos troncocónicos que desplazan a los pucos de paredes verticales rectas. No existe aquí el Aguada policromo. El Ciénaga III es una etapa de transición con elementos tanto de Ciénaga como de Aguada, si bien aún no posee la riqueza figurativa de ésta. Denominamos esta fase Casa Vieja por uno de los lugares típicos a orillas del Hualfín. Después del 650 aparecería la cultura de La Aguada que marcaría el Período Medio con sus elementos característicos.

Adelanto tecnológico, mejoramiento considerable de las técnicas alfarera y metalúrgica. Difusión del bronce. Gran riqueza y variedad en el diseño de las imágenes representadas en la alfarería, difusión de ideas cúltricas y religiosas. Entre los elementos figurados tenemos el felino; el personaje de los dos cetros; el personaje del sacrificador; el personaje con máscaras felínica y cráneo trofeo; figuras "draconiformes"; los ofidios con cabeza felínica. Riqueza del ceremonial; hachas ceremoniales, adornos pectorales elaborados. Personajes con complicado peinado y atuendo frontal. Creemos que estas manifestaciones o por lo menos muchas de ellas las recibió Aguada del gran centro de Tiahuanaco, pero no directamente, sino en for-

ma indirecta, y fueron readaptadas localmente sobre la base cultural pre-existente. Es posible reconocer varias fases en la cultura de La Aguada. Una de apogeo y otra decadente, serían las dos principales, y otras de carácter geográfico circunscripto, como la que se halla en los límites de Catamarca y Santiago del Estero, esta última, con carácter de facie.

Creemos muy importante señalar por un lado un posible aumento de población. Será necesario cuantificar el número y extensión de los sitios. El cementerio de La Aguada tiene 150 tumbas de esta época. Predominan las sepulturas de adultos con ajuar. Han desaparecido los entierros de párvulos en urnas, contrastando profundamente con Ciénaga. En los entierros de adultos predominan los individuales; pero hay entierros múltiples.

No tenemos pruebas definitivas de la desaparición de la cultura de La Aguada. Parecería que la desintegración se hizo en forma rápida. Que sus elementos colapsaron rápidamente. El hecho real es que después de su desaparición y hasta la reaparición de las culturas Belén-Santa María los restos arqueológicos por un período de cerca de 200 años son pobres, de escasa relevancia, *parecería existir un vacío arqueológico.* (?)

Sería un "retroceso" y decadencia cultural, sobre todo en sus cualidades técnicas. Por lo menos durante un cierto tiempo, este casillero de la secuencia está ocupado por lo que denominamos cultura Hualfín, en el valle del mismo nombre y por Shiquimil-San José en Santa María y Jáchal-Sanagasta en La Rioja-San Juan. En el Valle de Santa María aparecen típicas urnas Hualfín y aun hemos visto ejemplares de Valle Calchaquí (Churcal) y hasta Cachi; posteriormente la tradición continuaría con Shiquimil y finalmente con San José. Todas estas fases comparten entre sí algunos rasgos comunes, demostrando la vasta extensión de esta cultura o de este verdadero horizonte local, que influye en una extensa área. La alfarería de estas culturas, excepto San José, es pobre en técnica y decoración en algunos casos francamente burda. Son escasos los cementerios de adultos. Hay entierros de niños en urnas, con ajuar; y cráneos, trofeos, también en urnas. Las tumbas aparecen aisladas o en grupos pequeños, los sujetos adultos están enterrados a lo largo con escaso o ningún ajuar. Los sitios arqueológicos son pobres, poco extensos. No hay construcciones de paredes de piedra. Los habitáculos fueron de material perecible, y quizás bastante grandes. Los elementos figurativos de la cultura de La Aguada han desaparecido para ser reemplazados por una decoración geométrica muy pobre. La escasez de objetos de metal en estos sitios es

notable. Las pipas de fumar han desaparecido, también las hachas decoradas, etc. Perduran algunas figurinas de arcilla cocida. Los hallazgos son relativamente escasos. Tendríamos en este momento un verdadero "retroceso" del desarrollo cultural por causas que vamos a analizar. Esta interrupción o cambio ¿es un "accidente" histórico en la secuencia del desarrollo? Pero con esto la respuesta afirmativa poco nos diría y necesitamos explicar las causas de los mismos.

Con respecto al fechado de la cultura Hualfín, en nuestros cuadros cronológicos de hace 15 años la colocábamos alrededor del año 1000 de la e. C.; hoy poseemos cuatro fechas de C 14.

Desgraciadamente dos no son muy congruentes. Mientras que dos análisis la sitúan en la fecha indicada otros dos la colocan entre 550 y 650.

Después de la Cultura Hualfín-San José alrededor del 1.100 de la e. C. hacen su aparición las culturas de Belén y Santa María. Significan *indudablemente un avance o reactivación del nivel cultural de esta región.* En algún valle más o menos apartado algún grupo debió preservar las técnicas metalúrgicas de Aguada, e inclusive parte de su iconografía, pues en los diseños de Santa María volvemos a encontrar figuras reminiscentes de aquella y en términos generales se produce un renacimiento y avance de la cultura local. La alfarería Belén o Santa María tienen una ejecución técnica muy superior a Hualfín, y la decoración despliega una mayor riqueza de elementos. La metalurgia muestra lo mismo. Se fabrica un bronce con elevado porcentaje de estaño y aparecen formas nuevas como las placas circulares, pectorales, pinzas, brazaletes y manoplas. En la primera etapa de Belén tenemos grandes casas-pozo de tipo comunal, quizás una perduración de la cultura anterior, pero en la facie III se difunden los pucarás y aldeas defendidas. Sin embargo las poblaciones aglutinadas de paredes y muros de piedra son mucho más frecuentes y extensas en el Valle de Santa María. La cantidad de andenes y campos de cultivo parecerían haber alcanzado en estas culturas su mayor desarrollo. Sin embargo hay que hacer notar que ciertos rasgos, ausentes de Aguada, pero existentes en la cultura Hualfín, como la frecuencia del entierro de párvulos en urnas, se difunden ampliamente en las culturas tardías de Belén-Santa María. También se hallan en ellas cementerios de adultos en los que la funebria aparece muy elaborada, con la utilización de cistas familiares, con ajuar fúnebre a veces abundante. En el último momento de la cultura Belén y San María ocurre el impacto incaico. Con lo que sabemos por las cróni-

cas y la arqueología, los incas no alcanzaron a cambiar fundamentalmente a las culturas locales.

En cacano según un testimonio siguió hablándose y las mujeres casi no conocían el quechua y muchos hombres lo hablaban mal.

En los esquemas anteriores de síntesis del N. O. como el de Bennett, parecía como si las típicas formas alfarería Belén o Santa María hubieran ya desaparecido en el momento de la conquista incaica. Hoy sabemos que no. Esta impresión pudo tenerse del estudio de algunos sitios como el de La Paya donde una cultura llamada de Transición (Bennett, 1948) se interpone entre lo típico santamariano y lo hispánico. Pero esa apariencia de transición local se debió a otras influencias, entre ellas las puneñas.

La integración de las culturas locales continuó y aun aumentó después de la conquista como lo demuestra la tenaz resistencia al español y los sangrientos levantamientos ocurridos en el N. O. La cultura Belén corresponde a los Hualfines históricos y la de Santa María a los Calchaquíes, ambos grupos de una misma lengua, el Cacano, y de una cultura similar sino idéntica, salvo en los tipos de alfarería y en detalles formales de sus utensilios de metal o en sus viviendas. Con todo, tradicionalmente los arqueólogos hemos hablado siempre de Belén y Santa María, como de "culturas" distintas. Es evidente que las categorías arqueológicas no se corresponden con las etnohistóricas y debemos —en el futuro— revisar los criterios metodológicos de nuestras clasificaciones.

En la región de los valles riojanos no está muy claramente establecido cual es la ocupación más temprana y antigua. Hay sitios Ciénaga abundantes. En el Período Medio la cultura de La Aguada está muy bien representada. En San Juan hay cerámica del tipo de Río Diablo (González 1967) pero ignoramos si es de fabricación local o es importada. El período Temprano está representado además por material Ciénaga y por la cultura de Calingasta. Es necesario recalcar que en esta provincia por las condiciones de preservación de los materiales arqueológicos es el lugar ideal para identificar el Período de Agricultura Incipiente.

En el valle de Santa María la secuencia empieza, también por la fase Río Diablo, de la que conocemos varias tumbas de las localidades de Cerrillos y Tesoro. La 2da. fase Condorhuasi u Orilla Norte, está también presente pero con manifestaciones cerámicas más pobres que en el Valle del Hualfín. La fase I de la cultura Ciénaga no es muy clara. Hay tipos de alfarería locales. Fueron excavados por el personal de la Facultad de Filosofía y Letras

del Litoral. Falta realizar buenos estudios tipológicos, pues hay modalidades tipológicas locales. Pero parte de las facies Ciénaga II y III están bien representados en las ruinas asentadas en los conos de deyección de Buey Muerto en las laderas del Aconquija. Aquí hay que señalar algunas variaciones de los asentamientos humanos en relación con los nichos ecológicos. Los asentamientos de Ciénaga II y III sobre los conoides tienen modalidades diferentes a los asentamientos de la misma cultura hechos sobre los depósitos de los "barreales". Los primeros, como los de Buey Muerto, poseen recintos de siembra con distribución del agua perfectamente acondicionada. Las viviendas forman pequeños núcleos de 3 o 4 habitaciones semicirculares agrupadas, que aparecen de tanto en tanto entre los recintos. Es evidente que se trata de viviendas familiares, cada una de las cuales utiliza un pequeño núcleo de habitaciones explotando todas en común campos de cultivos. Hay pues una interrelación de labor y quizás socio política entre esos núcleos familiares.

La cultura de La Aguada está muy mal representada en el valle de Santa María. Parecería que su cerámica es intrusiva. Este no es un problema claro y es necesario determinar con exactitud qué cultura ocupaba el valle en el momento que Aguada florecía en el Valle de Hualfín.

El lapso inmediatamente posterior a Aguada, es decir el comienzo del Período Tardío, resulta aún menos claro y presenta los mismos problemas.

Aparentemente hay escasez de restos y los conocidos están muy definidos. La presencia de urnas del tipo Hualfín indicaría que existió una ocupación o ingresión de esta fase en el Valle, seguida de inmediato por la fase San José y Shiquimil, que integra junto con Hualfín una misma cultura o una misma tradición.

De cualquier manera no conocemos aquí el carácter exacto de los asentamientos de Hualfín, ni de sus usos y costumbres; es la misma escasez de información, la misma pobreza de elementos que existe en el Valle del Hualfín. Lo mismo vale para San José. A ésta última seguirá la cultura Santa María en su primera fase representada en un cementerio de Campo del Fraile por unas urnas que aparentemente llevaban mezclados caracteres de San José y Santa María. De la cerámica santamariana se han hecho diferentes subdivisiones. Una en dos tipos, otra en cinco fases (Weber, 1969). A esta última habría que agregar otra que sería la identificada en Campo del Fraile. Aunque haya que hacer modificaciones en el futuro, las bases iniciales pueden ser útiles. Hacia las últimas etapas de Santa María hacen su

aparición las huestes incaicas.

Si bien los arqueólogos han diferenciado por sus restos arqueológicos la cultura Santamariana de Belén y otras distintas, la realidad etnohistórica nos muestra que se trata de dos grupos humanos que aunque asentados en valles diferentes pero vecinos, hablan la misma lengua (Cacana), y tenían recursos económicos y tecnológicos muy semejantes. Sólo se diferenciaban en el estilo de sus cerámicas y útiles de metal. Políticamente parecen haber sido grupos distintos: el de los Hualfines y Abaucanes (cultura Belén) y el de los Calchaquíes y Yocaviles, etc. (Santamariano). Hay algunas diferencias en los pucarás o fuertes de piedra y en las poblaciones con viviendas de paredes de piedra que forman núcleos aglutinados, que son más frecuentes en el valle de Santa María (Loma Rica, Mendocino, etc.).

Estos tipos de asentamientos disminuyen en cantidad y desaparecen a medida que nos alejamos hacia el O. y S.

En el N. del Valle Calchaquí el Período Temprano estaría representado por una cultura identificada por Miryam Tarragó en la zona de La Poma, caracterizada por habitaciones de barro de planta circular y quizás con techo cupuliforme. Tiene alfarería tosca casi sin decoración y de formas simples mal cocidas con degasante grueso. Los vestigios de los asentamientos forman pequeños montículos. Otros implementos son azadas de piedra y pipas de barro cocido. No hay fechado pero deben corresponder a una fecha similar a la de la fase Diablo del Valle del Hualfín.

La ocupación santamariana del norte del Valle resultaría aquí mucho más temprana que en Valle Yocavil, pero esta hipótesis requiere aún mucho trabajo de campaña.

Muy importante, y con sensibles diferencias con respecto a lo ya visto es la ocupación del Valle de Tafí, donde el Período Temprano y quizás el Medio está ocupado por la cultura del mismo nombre. El asentamiento humano está dado por núcleos de dos a seis habitaciones de planta circular alrededor de un patio. Conocían ya alguna forma de irrigación pues se colocan próximos a las quebradas y conoides desde donde podían distribuir el agua con unos curiosos dispositivos que no pueden clasificarse como andenes ni como recintos de siembra, formados por simples alineamientos de piedra. El rasgo más sobresaliente dejado por este grupo es su dominio de la escultura en piedra, como sus monolitos que colocan en sus centros ceremoniales. La alfarería es tosca, de formas simples, sin asas, el degasante es grueso y predominantemente está cocida a atmósfera oxidante.

En el área de los bosques occidentales, la

cultura de La Candelaria responde a una secuencia de cuatro fases principales, establecidas por Heredia (1969).

Investigaciones recientes también han indicado la existencia de fases locales de la Cultura de La Aguada, de gran interés; están situadas en los límites de las provincias de Catamarca y Santiago del Estero (De La Fuente 1970).

Un detalle muy importante de la cultura Belén en la zona de Andalgalá es el entierro de adultos en urnas, rasgo que no es constante en el N. O. antes bien parece excepcional (Berberian 1968).

En la Puna el Período Temprano está mal representado excepto en Laguna Blanca y Tebenquiche. Un hecho de gran interés es que la misma tradición en la economía y en las técnicas de producción agrícola de altura, se mantiene inalterada por centurias; en cambio, la cerámica en todas las épocas es, o intrusiva o una mala adaptación de los tipos cerámicos de los valles aledaños. Es decir que en ningún momento se establece una tradición local de cerámica con rasgos propios. En esta zona, se reflejaron las secuencias de los valles circundantes, desde Orilla Norte (Condorhuasi II), pasando por Ciénaga, Aguada, etc., que no parecen haberse integrado en ningún momento al patrimonio local. La mayor parte de la cerámica decorada se obtenía por comercio, sin pasar a formar parte de las técnicas locales. La cultura estuvo muy adaptada al difícil medio puneño, que no varió en mucho tiempo, mostrándose reacia a la incorporación de nuevas técnicas.

En Tebenquiche, otro oasis, existieron recintos de siembra lo que indica una agricultura del tipo análogo al de Laguna Blanca con cultígenos netamente altioplánicos.

Es muy difícil definir el Período Medio, en la Puna, no resultan allí claras las influencias que aparecen en ese momento en San Pedro de Atacama. En cambio en el Período Tardío encontramos en los utensilios de madera (tablas del complejo de rapé, tubos, etc.) la persistencia de muchos elementos del Período Medio, típico de San Pedro.

En resumen, en el Período Temprano del N. O. aparece una primera cerámica, tosca, apenas alisada, a veces pulida, de formas simples, sin asas, con desengrasante grueso, hallándosela tanto en el Valle Calchaquí como en Abaucán, Hualfín y Tafí. Sobre esta primera Tradición conocida se incorporan otras tradiciones diferentes y elementos intrusivos, tal como ocurre en la fase Diablo o en el montículo del Mollar. El establecimiento humano de esta época no es muy diferente en cuanto a lo que muestra la distribución de viviendas y

poblados, pero difiere en las técnicas de construcción: de paredes de piedra en Tafi, de adobe en Abaucán, de material perecedero en el Valle del Hualfín, el patrón socio-político de aldeas muy pequeñas o de casas aisladas es lo más generalizado.

Inmediatamente después o en parte contemporáneamente con estas culturas llegaron otras influencias con bienes patrimoniales distintos, algunas de estas corrientes de notable elaboración técnicas y artísticas, tal como la de la segunda fase de la cultura Condorhuasi, las de la fase Mollar de Candelaria, etc. Estas técnicas muestran tradiciones diferentes. En Tafi, al igual que en Condorhuasi, la escultura en piedra tiene ya cierto desarrollo. Las prácticas ganaderas tienen importancia en todas estas culturas o fases del Período Temprano y en Condorhuasi inclusive la llama juega un papel en la religión y el culto.

Desde esta etapa de la cerámica inicial se conoce una metalurgia del cobre en Tafi y del oro en la fase Diablo. Recalcamos estos últimos items, pues ellos evidenciarían que desde el comienzo hubo elementos de seguro origen andino-altiplánicos, tales como los camélidos, la metalurgia y la escultura en piedra.

Sin embargo, en los elementos cerámicos que consideramos intrusivos, al comienzo, como los tipos de alfarería gris incisa (Diablo, Diablo Inciso simple, etc.) y otros muestran influencias del área de las Selvas Occidentales. No podemos decir si se trata de intercambio pacífico o de oleadas de invasores. De cualquier manera, quiero recalcar esas influencias llegadas desde el Este.

La existencia de un *sustratum cultural de cultivadores - ganaderos poseedores de metalurgia, con viviendas de piedra o adobe de origen andino-altiplánico, sería la base sobre la que se ejercieron influencia o presión cultural desde la región oriental.*

Aunque hasta hoy no hay evidencias directas de quinoa en sitios arqueológicos de la región Valliserrana, su existencia antes de los comienzos de la Era Cristiana en la zona del Atuel, hace muy probable que éste y otros cultígenos altiplánicos estuvieran instalados en el N. O. ya en varios siglos antes de nuestra era. Sin embargo, la presencia de *Arachis*, del *Urucú* y del *Sacha poroto* (Capparidaceae) fechados hacia comienzos de la era cristiana hablan ya de relaciones de influencias de la agricultura o recolección botánica de la ceja oriental de los Andes (caso del *Arachis*) o de la selva (Urucú). Lo mismo veremos que ocurrió varias veces con otros elementos, tales como la alfarería intrusiva o de influencia del río San Francisco. Las influencias de Ciénaga serían posteriores a las influencias que aparecen en la

alfarería de la fase Diablo de la cultura Condorhuasi.

En Ciénaga irrumpen nuevos elementos, que en la cerámica se pueden relacionar con el E., tal como la alfarería gris de registros hachurados, que guarda similitud con Wairajirka, de la secuencia de Kotosh; junto con esta cerámica se extendió la costumbre del entierro en urnas, otro elemento de las Florestas Tropicales. Pese a esas influencias, *el balance final de la cultura daría una mezcla de elementos andinos y amazónicos.*

El Período Medio, en cambio, contrasta profundamente con el cuadro anterior. Los entierros en urnas disminuyeron hasta casi desaparecer. La cerámica, por el contrario, adquiere una calidad técnica antes desconocida a la que se agrega un despliegue de elementos iconográficos de neto corte andino:

- 1) las figuras felínicas draconiformes.
- 2) la imagen del sacrificador con o sin máscara felínica.
- 3) el personaje de los dos cetros.
- 4) el felino pájaro.
- 5) el felino serpiente.
- 6) el felino provisto de dogal circular.

A éstos se agregan las técnicas de fundición del bronce, que en esta época se hacen más frecuentes (González, 1961-1964).

Lo notable es que con la cultura de la Aguada desaparecen todos estos elementos, parecería producirse un vacío cultural, una *crisis o decadencia*. Del lapso de 150 a 200 años posteriores a Aguada (850-1.000 A. D) nuestros conocimientos son muy reducidos; creemos que en parte esto se debe a que el número de sitios arqueológicos disminuyó notablemente y que además sus elementos culturales son de gran pobreza técnica. Esto trajo por resultado que los arqueólogos le prestasen escasa atención.

No hay cementerios de adultos y los sujetos están enterrados directamente y en forma aislada; el ajuar es pobre o no existe. En cambio reaparecen los característicos entierros de párvulos en urnas, tan frecuentes en la fase Hualfín y su equivalente Shiquimil-San José. Un detalle de interés es la disminución de los objetos de metal y también *el reemplazo de la tiradera por el arco y la flecha*. También desaparecen las pruebas del rico ceremonial que revela la iconografía de Aguada y sus sitios ceremoniales.

Una posible interpretación de este cambio es atribuirlo a fuertes influencias culturales llegadas desde el E. Sin embargo no creemos que las influencias llegadas del oriente en este momento en particular o las que se advierten en otros momentos de la secuencia, *tuvieron*

siempre la misma intensidad o produjeron los mismos resultados en las culturas del N. O. argentino. Es indudable que algunos elementos de la cultura de La Aguada debieron persistir en algún punto de la región mantenidos por un pequeño grupo, pues parte de su tecnología y algunos de sus elementos iconográficos reaparecen luego en las culturas subsiguientes a Hualfín. En Belén y Santa María volvemos a encontrar reminiscencias de la cultura de La Aguada, en diferentes readaptaciones, con fuerte acento propio. En estas dos culturas, ya en pleno Período Tardío, se da una verdadera recuperación o renacimiento cultural. Por ejemplo, basta observar la metalurgia de Belén y Santa María, con pleno desarrollo del bronce y una variada y rica tipología. Los tipos cerámicos muestran también una superación con respecto a la cultura Hualfín-San José. Aumentan notablemente la cantidad de sitios arqueológicos; aparecen cementerios de adultos enterrados en cistas, al parecer familiares y con abundante ajuar. También aparecen, después de cierto tiempo de instalación de la cultura, las poblaciones de viviendas de piedra, y las fortalezas y pucarás.

Sin embargo muchos de sus elementos denuncian el momento cultural que las precede, como las casas comunales, los cementerios de párvulos en urnas, el uso del arco y flecha, etc. También es importante indicar no sabemos si como una persistencia del momento anterior o indicación de nuevas influencias, la presencia de entierros de adultos en urnas, que se han señalado recientemente en la región de Andalgalá asociadas a la cultura Belén.

Todo lo expuesto hasta aquí nos indicaría, a través de los indicios arqueológicos, que existe *una verdadera pulsación cultural periódica en el N. O. argentino entre las influencias altiplánicas y andinas en general y las llegadas a través de las selvas chaqueñas o de la región oriental selvática de los Andes.* Esta "pulsación" e influencia cultural tiene en el nuevo habitat diversos grados de magnitud y extensión, de la que resultan finalmente, por readaptación ecológica y por dinámica interna, *culturas locales con fuerte personalidad propia.*

Las manifestaciones andinas están claramente expresadas en las plantas cultivadas, en los animales domésticos, en las técnicas metalúrgicas y en las expresiones iconográficas del culto.

Como elemento coadyuvante de esta interpretación vienen como valioso aporte la información etno-histórica. Muchas y muy variadas fuentes señalan que al momento de la conquista un pueblo nómada, desnudo, no agricultor de economía cazadora-recolectora, muy gue-

rrero, agresivo y antropófago, asolaba el N. O., el área de Santiago y de Tucumán, destruyendo y quemando poblaciones. Este pueblo está perfectamente identificado en las crónicas y se lo designa con el nombre de Lules.

No vamos a entrar a considerar los datos de su lengua o de sus rasgos, sino a decir en términos generales que su procedencia y su adscripción a un ente de cultura marginal chaqueña con algunos rasgos aculturados por su presencia en el N. O. parece ser muy probable (Furlong, 1941).

Nosotros tenemos algunas evidencias arqueológicas del Período Tardío que podrían coincidir con lo relatado en las crónicas. Al excavar el poblado fortificado de Asampay, del Valle del Hualfín, encontramos claros indicios de que la población fue quemada, y muchos de sus ocupantes fueron decapitados. Además se recuperó en las ruinas un tipo de puntas de flecha de hueso de carácter intrusivo. Son análogas a las que se encuentran en Santiago del Estero y muy distintas a las típicas puntas de flecha de obsidiana usadas por la cultura Belén.

Del poder expansivo de los Lules encontramos algunas evidencias hasta en las orillas del Paraná, el S. de Santa Fe. Por otra parte muchos indicios apuntarían a interpretar el célebre Pucará de Andalgalá como un importante reducto incaico destinado a proteger a la región Valliserrana de las hordas seminómades procedentes del E. La ubicación estratégica del Pucará, su instalación alejada de todas las poblaciones locales abonan esta interpretación.

Para una interpretación correcta de este tipo de influencias orientales recibidas por las culturas del Noroeste argentino como ondas pulsátiles irregulares se impone en primer lugar la delimitación exacta de la tipología cultural de las culturas de donde partieron esas influencias. Debemos determinar con exactitud si se trata de marginales chaqueños, como quizás fueron los Lules y Guaycurús o representantes de las culturas de las Florestas Tropicales. Un tercer grupo quizás sería de tipología subandina y habrían llegado, como los últimos, siguiendo la ceja oriental de los Andes. Dentro de este grupo habría que incluir a los pueblos que muestran afinidades con el Este de Bolivia, cuenca del Beni o con elementos excavados por Nordenskiöld en el E. boliviano. Definidas las respectivas tipologías de cada corriente de influencia, debemos jalonar exactamente el momento en que se hacen presente en nuestra área y el alcance de su influencia y el grado de aculturación posterior.

Por otra parte su ingreso al Noroeste no significó sólo un proceso de contacto cultural sino un proceso de readaptación ecológica,

tanto por parte de los rasgos llegados como para la cultura resultante de su mezcla con la de los pueblos pre-existentes en la región.

Por otro lado las crónicas también señalan que pueblos del Este de las Florestas Tropicales, hostigaban las fronteras incaicas, es decir este proceso de avance cultural sobre los Andes a partir de un ecocentro (Florestas Tropicales o Chaco) era muy amplio y nos está indicando un proceso cuyas causas nos interesan sobremedida y sobre las que poco o nada podemos conjeturar por ahora.

De cualquier manera tenemos un hecho repetido a través de la secuencia arqueológica del N. O.: pueblos andinos, establecidos en los valles y en la Puna, pueblos que ejercen su influencia del Este. Aculturación y readaptación ecológica local, invasión y repetición del ciclo.

Lo importante es como vamos a considerar entonces este juego de influencias en el proceso del desarrollo cultural del Noroeste argentino.

En primer lugar, como investigadores, debemos delimitar el momento y el alcance de estos "accidentes históricos" que en cierto modo interrumpen el proceso de evolución que tendría una cultura en relación de equilibrio con su propio medio.

No parece haber duda de que en el caso del lapso post-Aguada y aparición de la cultura Hualfin estamos ante un evidente retroceso cultural un período de crisis o de decadencia. Aparentemente este "accidente histórico" estaría en contradicción de la idea de proceso aplicado a un área de cierta amplitud.

Evidentemente la evolución en nuestra área no es idéntica a la del proceso de desarrollo cultural ocurrido en el Centro Nuclear. Aquí, parte de las etapas del proceso aparecerían alteradas o distintas por influencias procedentes de diferentes medios ecológicos y con diferentes bienes culturales, como es el caso de los pueblos de las Florestas Tropicales y de la zona chaqueña, todos ellos de distinto nivel cultural a los grupos asentados en el N. O. argentino.

De cualquier manera vemos que a lo largo del proceso local que hemos esbozado, y pese a estos "accidentes históricos" los pueblos locales terminan por aculturar y hacer primar su cultura sobre los invasores. Si existen algunos momentos de detención cultural o retroceso (Hualfin-San José, etc.) la recuperación se establece de cualquier forma y si ésta no ocurriera por sí misma, las influencias de los centros andinos vuelven a elevar el nivel. La invasión imperial incaica es clara en ese sentido. Es decir que los "accidentes históricos" (influencias del E.) no pudieron cambiar el rum-

bo de las etapas del proceso cultural que se cumplía bajo la influencia de los centros nucleares. A lo sumo pudieron sólo detener momentáneamente este proceso. Es el caso de los Lules que parece iban siendo incorporados y aculturados por los grupos del N. O.

Desde nuestro punto de vista de investigadores no podemos dejar de identificar a los pueblos históricos y juzgar su papel en la historia cultural del N. O. Como antropólogos a nosotros nos interesan la reconstrucción del proceso y sus causas básicas. Estos "accidentes históricos" no interrumpieron el proceso cultural. Pudieron cambiar algunos detalles del contenido o alterar los lapsos de tiempo de cada etapa pero no impidieron que se movilizara la cultura hacia niveles de mayor complejidad. No alteraron el contenido de las grandes etapas del proceso que tratamos de delimitar.

De cualquier manera nos quedan aún muchos interrogantes y pasos por cumplir en esta investigación, entre ellos la de explicitar las causas de estos ciclos de influencias culturales. ¿Porqué estos hechos repetitivos de las incursiones o influencias de los grupos del E. sobre los flancos y los valles bajos de los Andes? Es decir no sólo nos interesa saber que se produjeron sino porqué ocurrió esto de manera repetitiva. Si esas oleadas repetidas obedecieron a cambios de clima, luchas por crecimiento demográfico o cualquiera de las múltiples circunstancias que en el seno de los bosques del Chaco o las Florestas del Trópico impulsaron a los pueblos que las habitaban a invadir la región de los Andes.

BIBLIOGRAFIA

- BENNETT, W. C. et. al. 1948. *Northwest Argentine Archaeology*. En Yale University Publications in Anthropology, N° 38, New Haven, 1948.
- BERBERIAN, EDUARDO. 1969. *Enterratorios de adultos en urnas en el área Valliserrana del N. O. argentino*. Publicación N° XXIX pp. 1-71 - Instituto de Antropología Universidad Nacional de Córdoba - Córdoba.
- DE LA FUENTE, NICOLAS. 1969. *La cultura de La Aguada: nuevos aportes para su estudio*. En La Prensa 23-XI; 1969, Buenos Aires.
- FURLONG S. J., GUILLERMO. 1941. *Entre los Lules de Tucumán*. pp. 9-175. Talleres Gráficos San Pablo. Buenos Aires.
- GAMBIER, MARIANO; SACHERO, PABLO. 1970. *Secuencias culturales y cronologías para el S. O. de la provincia de San Juan*. Rep. Arg. Hunuc Huar. Publicación del Museo de Arqueología de la Universidad D. F. Sarmiento. Año 1, N° 1. San Juan.

- GONZALEZ, ALBERTO REX. 1961-1964. *La cultura de La Aguada del N. O. Argentino*. En Revista del Instituto de Antropología. Universidad Nacional de Córdoba. II-III, pp. 203-253. Córdoba.
- 1963 a. *Cultural Development en Northwestern Argentina*. Smithsonian Miscellaneous Collections 146, N° 1, 102-117, Washington.
- 1963 b. *Las tradiciones alfareras del Período Temprano del N. O. argentino y sus relaciones con los de las áreas aledañas*. En Anales de la Universidad del Norte. N° 2, pp. 49-65, Antofagasta, Chile.
1967. *Una excepcional pieza de mosaico del N. O. argentino*. Consideraciones sobre el primer fechado de C 14 y la secuencia arqueológica de la provincia de San Juan. Etnia artículo 29-30, pp. 1-28, Olavarría.
1969. *Cronología arqueológica del Valle del Hualfín, provincia de Catamarca, Argentina, obtenida mediante el uso de computadoras*. Trabajo presentado al Primer Congreso de Arqueología Argentina. Rosario de Santa Fe. 1970.
- M. S. s. f. *Las etapas del desarrollo cultural del N. O. argentino y sus posibles vinculaciones con las áreas arqueológicas vecinas*. 51 pp. mecanografiadas. Una copia de la Smithsonian Institution. Washington.
- GONZALEZ, A. R.; NUÑEZ REGUEIRO, VICTOR. 1962. *Preliminary report on archaeological research en Tafel del Valle, N. W. Argentina*. Akten der 34 Internationalen Amerikanisten Kongresses. Wien 18-25 Juli, 1960. Verlag Ferdinand Berger. Horn Wien.
- GONZALEZ, A. R.; PEREZ, J. A. 1968. *Una nota sobre etnobotánica del N. O. argentino*. Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. II, pp. 209-228. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R.; SEMPE DE GOMEZ LLANES, C.; M. S. s. f. *Prospección arqueológica en el Valle de Abaucán*.
- HEREDIA, OSVALDO, R. 1968. *Arqueología de la Subárea de las selvas occidentales*. Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, II pp. 295 y ss. Buenos Aires.
1970. *La cultura Candelaria*. En *Rehue Universidad de Concepción*. Instituto de Antropología, III, pp. 55-81. Concepción. Chile.
- LAGIGLIA, HUMBERTO, A. 1969. M. S. *Arqueología de San Juan y Mendoza. (Contextos y Secuencias culturales del Centro Oeste Argentino)*. Manuscrito consultado por gentileza del autor.
- WEBER, RONALD, L. 1969. M. S. *Preliminary seriation of the Late Prehistoric Santa Maria Culture of Northwestern Argentina*. Howard University. M. S.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR